

Entre la esperanza y la depresión

Chile y Perú, cara y cruz de un continente

Por Alberto Míguez

ejemplo, en ciertas sociedades plurales, la minoría no puede sentirse representada por la mayoría, ni ésta pretender integrarla y, por lo tanto, la voluntad mayoritaria no se acepta como voluntad general. Los comunistas de Milán se sienten representados por los democristianos de Toscana porque la solidaridad de base entre todos los italianos lo permite. ¿Pero los nueve millones de portugueses pueden sentirse representados por los ochenta millones de alemanes? Nada impide, en cambio, que los gobiernos alemán y portugués coincidan y consensuen.

La democracia en Europa no es, por lo tanto, la democracia europea, sino la suma de doce democracias estatales, que mañana serán cerca de veinte y pasado mañana cerca de treinta. No puede haber una «unión», como en los Estados Unidos de América, capaz de imponerse a todos, porque no hay un pueblo capaz de afirmar, como el americano en Filadelfia, «Nosotros...» y pretender substituir esta magnitud intensa que es la voluntad, no ya de vivir juntos, sino unidos, por una ficción que puede llevar a malas soluciones: violentar los principios que hasta ahora han hecho progresar la integración europea, primero, y poner en peligro sus realizaciones, después.

Esto es lo que, de verdad, el referendun danés ha puesto sobre la mesa comunitaria. ■

Miguel Herrero de Milán es letrado del Consejo de Estado y diputado en Cortes.

El invierno austral se adelantó este año en Chile. Las lluvias llegaron después de muchos años al Norte Grande y Chico de esa loca geografía. Pero los círculos políticos de Santiago, los diarios y las televisiones se ocuparon más de otros asuntos que de los climatológicos. Chile avanza con relativo éxito en un proceso de transición hacia la democracia que algunos se empeñan en comparar con el español: con la diferencia, nada leve por cierto, de que el dictador sigue vivo y mandando.

El general Augusto Pinochet, sigue en efecto vivo aunque le acaban de colocar un marcapasos. Es, por imperativo constitucional, el jefe del Ejército y el presidente de la República no puede ni jubilarlo ni cesarlo. Precisamente por eso hay quien dice —con bastante razón— que el régimen chileno sigue «protegido» por las fuerzas armadas o, si se prefiere, bajo vigilancia castrense. Cuando se le sugiere a Patricio Aylwin, presidente de la República y líder democristiano tal evidencia, semeja este santo varón una cólera controlada. Pero él sabe, igual que sus colaboradores y adversarios, que mientras no se reforme la Constitución, las cosas seguirán igual.

Una reforma constitucional difícil

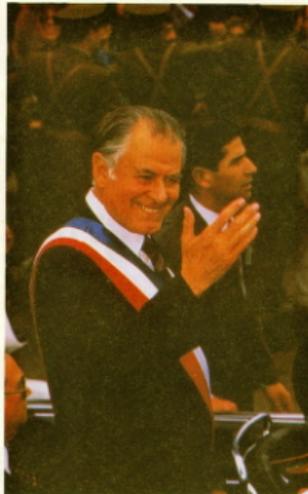
Esta reforma se presenta bastante difícil. Entre los artículos que Aylwin y la coalición gover-

Chile vive a la sombra de las elecciones presidenciales del año que viene. Aylwin querría legar a su sucesor un régimen plenamente democrático, con unas fuerzas armadas obedientes al poder civil y una situación económica y social saneada

nante (democristianos, socialdemócratas y socialistas) desean cambiar están los referidos a las fuerzas armadas y de seguridad. La Constitución chilena fue hecha a medida por Pinochet y para Pinochet. De modo que, si el proyecto del general hubiera salido adelante (los electores chilenos lo impidieron en su momento) todo hubiese funcionado perfectamente. Pero en las actuales circunstancias, con un régimen democrático con limitaciones, resulta inadecuada. El principal problema estriba en que para reformar el texto fundamental hay que contar con las dos terceras partes del Congreso. Y la coalición gobernante, aunque mayoritaria, no tiene votos suficientes para implementar la reforma constitucional. De modo que, si desea llevarla adelante, tendrá que contar con la derecha, extrema y moderada. La derecha pinochetista anunció ya que votará contra las reformas. La derecha conservadora (Renovación Nacional), heredera de la vieja derecha del Partido Nacional, se lo está pensando.

El país vive a la sombra de las elecciones presidenciales del año que viene. Aylwin querría legar a su sucesor un régimen plenamente democrático, con unas fuerzas armadas obedientes al poder civil y una situación económica y social saneada.

La economía chilena sigue siendo ejemplar en un continente con cierta densidad democrática (recientemente amenazada) que no ha salido todavía de la gran depresión de los ochenta. Las políticas de ajuste que algunos



países (Venezuela, Argentina, Uruguay, Ecuador, etc.) han puesto en marcha con un enorme coste social, fueron adoptadas por Pinochet y sus economistas miltonianos en los años setenta y ochenta. La prosperidad chilena tiene, para los demócratas del país, un origen sospechoso pero no cabe duda de que sin el ajuste de la dictadura las cosas hubieran sido mucho más difíciles en la transición.

Memoria y perdón

Hace tiempo, durante una entrevista con el presidente Aylwin, éste me dijo que los chilenos estaban dispuestos a perdonar los excesos de la dictadura pero que antes desearían saber a quién. Y que para ello era preciso saber, investigar lo que pasó en aquellos años de hierro. La recuperación de la memoria escondida ha resultado dolorosa y todavía no concluyó. La justicia al fin se ocupa de aquellos casos olvidados como, por ejemplo, el degollamiento de tres dirigentes comunistas en 1985 por un grupo de «carabineros» (policía unifor-

mada) cuyo nombre y apellidos se han hecho al fin públicos, mientras un portavoz del cuerpo decía públicamente que la buena fe y la dignidad de los carabineros chilenos habían sido defraudados por estos agentes. Era la primera vez que una declaración de este tipo salía a la luz.

Con vistas a las elecciones presidenciales del año próximo las fuerzas políticas chilenas se preparan. No se sabe si finalmente la Concertación de Partidos por la Democracia (coalición gubernamental) presentará o no un candidato único y mantendrá su unidad. Dos personalidades se presentan como probables candidatos a la presidencia: el senador Eduardo Frei (democrisiano) y el ministro socialdemócrata de Educación, Ricardo Lagos. En cuanto a la derecha, se las ve y se las desea para alcanzar un acuerdo común que le permita presentar un candidato en los comicios. La alternancia no es para mañana y el «síndrome Pinochet» puede seguir busculando sobre quienes en el pasado defendieron su candidatura a la presidencia.

De todos modos, Chile parece haber ingresado en el grupo de

Pinochet, Aylwin y Fujimori, presente y futuro de Iberoamérica.

Chile parece haber ingresado en el grupo de países donde el proceso democrático se produce sin altibajos ni sofocos

países donde el proceso democrático se produce sin altibajos ni sofocos. Su larga historia republicana, excepcionalmente rota por la polémica experiencia de la Unidad Popular, primero y de la dictadura militar, después vuelve por sus fueros.

El infierno peruano

Al otro lado de la frontera, el Perú de Fujimori. La otra cara de la política continental. Todos los elementos para la inestabilidad y la explosión se concentran en este desventurado país: una situación económica y social crítica, un movimiento terrorista poderoso y sin escrúpulo, la corrupción generalizada, que afecta tanto a las fuerzas armadas y policiales como a la judicatura, una ciudadanía exhausta y decepcionada por los partidos y dirigentes políticos tradicionales, un presidente autoritario que prefiere recurrir al golpe Estado «institucional» que consensuar con los partidos políticos un plan de salvación nacional... y por si faltase algo, la sequía y el... cólera.

Nunca se sabrá con exactitud si el llamado «golpe de Estado institucional» del presidente Fujimori fue idea de las fuerzas armadas peruanas o una iniciativa del jefe del Estado. Sea como sea, la ruptura del orden constitucional coloca al presidente «de facto» y a su régimen en el ghetto internacional donde se encuentran Fidel Castro y los militares haitianos.

El problema para Fujimori estriba en que su régimen no podrá salir adelante si no cuenta con el apoyo económico y financiero tanto de los países del continente —y especialmente de Estados Unidos— como de los organismos de crédito internacionales. Fujimori ha intentado con la convocatoria de unas elecciones constituyentes, ganar tiempo y ofrecer a Estados Unidos un argumento para defender su aventura. Pero puede haber caído en su propia trampa al permitir que la OEA (Organización de Estados Americanos) fiscalice estos comicios. La primera exigencia para que las constituyentes sean aceptadas por la comunidad interamericana consiste en que sean pactadas con los partidos políticos que, unánimemente, acaban de rechazar las pretensiones del presidente «de facto». De modo que, o Fujimori cede a lo que las fuerzas políticas exigen para entrar en el juego electoral o deberá convocar las constituyentes en solitario: en cualquier caso, su cabeza pende de un hilo. Y con ella, el extraño régimen cívico-militar puesto en pie ante una situación, sin duda alguna, delicada y con reducidas posibilidades de solución.

La «intensidad democrática» que en los últimos años había arraigado en Iberoamérica parece, ahora, amenazada: las tentativas golpistas en Venezuela, la situación en Haití, el golpe institucional de Perú constituyen pésimos augurios. Pero el llamado mundo occidental mira hacia el Este. Lo que ocurre al sur del río Grande le interesa bien poco. ■

Alberto Míguez es periodista.

Entrevista con el primer ministro de Argelia;

Sid Ahmed Ghazali

El pueblo argelino no es «integrista»

Por Alberto Míguez

Alberto Míguez.— El Frente Islámico de Salvación (FIS) ha llamado desde la clandestinidad a la lucha armada. ¿Qué consecuencias puede tener para el proceso argelino actual?

— Ahmed Ghazali.— Esta declaración no aporta ningún elemento nuevo. El FIS utilizó la violencia y el terror desde 1991 y estaba ya comprometido con la lucha armada. Tras la primera vuelta electoral, cuarenta y cinco de sus miembros atacaron a soldados del ejército argelino en la frontera con Túnez y produjeron varias víctimas. El FIS se excluyó del proceso democrático con actos de violencia. Si el FIS hubiera alcanzado el poder habría instaurado un gobierno fascista.

A. M.— ¿En qué medida le sorprendieron las reacciones en el extranjero tras el cambio de régimen en Argelia?

A. G.— Muchos de nuestros amigos en el exterior, y precisamente algunos de los que estaban más próximos, tuvieron muchas dificultades para entender lo que pasó en Argelia. Y es natural porque Argelia durante bastantes años emitió falsas señales haciendo creer, por ejemplo, que estábamos en una democracia cuando en realidad



Sid Ahmed Ghazali.

Si el FIS hubiera alcanzado el poder habría instaurado un gobierno fascista

SID AHMED GHAZALI. DATOS BIOGRAFICOS: El actual Jefe del Gobierno argelino, acredita a sus 55 años, una larga experiencia, no sólo en tareas de gobierno, sino también en la dura y arriesgada vida política argelina. Nacido en marzo de 1937 en la localidad de Thighenif, cursó estudios de ingeniería en la Escuela de Caminos de París, donde se graduó con buenas calificaciones. Tras la independencia de Argelia, en su calidad de ingeniero, desempeñó diversos cargos en el Ministerio de Industrialización durante el periodo 1962/1964. Posteriormente es nombrado Subsecretario de Estado de Obras Públicas, cargo del que dimite en junio de 1965. Ministro de energía e industria de 1977 a 1979, es designado en 1984 embajador de su país en Bélgica y ante la CEE. Más tarde es ministro de Hacienda en 1988 y de Asuntos Exteriores desde 1989/1991. Por último, como culminación de su carrera, ocupa el cargo de jefe de Gobierno desde junio de 1991. Está casado y tiene tres hijos.